

## Relaciones padres-hijos en familias adoptivas\*

Jesús Palacios  
Yolanda Sánchez  
*Universidad de Sevilla*

*La investigación sobre familias adoptivas ha profundizado muy poco en las relaciones padres-hijos que se dan en el interior de esas familias, de forma que es muy poco lo aportado por la literatura en torno a las características de su dinámica familiar. En el caso de España, apenas se cuenta tampoco con estudios de esta naturaleza referidos a la población general. Dentro de la investigación llevada a cabo sobre 393 familias adoptivas en Andalucía, se profundizó en estas cuestiones, analizando los patrones educativos familiares de familias adoptivas en términos de las dimensiones afecto-comunicación y exigencias-control, y tomando también en consideración las conductas de los hijos en términos de implicación afectiva, resistencia al control y obediencia. Los resultados mostraron la existencia de una diversidad de patrones en el interior de las familias adoptivas, diversidad no siempre coincidente con la encontrada por los investigadores que han analizado la dinámica de las relaciones familiares en familias no adoptivas. Esa diversidad no impide que la gran mayoría de las familias analizadas presente valores muy altos de comunicación y afecto, así como que valoren mucho la existencia de normas, habiendo una mayor disparidad de criterios respecto a las técnicas de disciplina y control defendidas por los padres para asegurarse del cumplimiento de esas normas.*

*Palabras clave: adopción, dinámica familiar, estilos educativos, relaciones padres-hijos.*

*Research on adoptive families has not studied parent-child relationships in depth and therefore there is very little literature on the characteristics of the family dynamics of adoptive families. In the case of Spain, it*

\* Los resultados de que se informa en esta investigación proceden del trabajo *Estudio sobre los niños adoptados en Andalucía desde 1987 y de sus familias*, encargado y financiado por la Dirección General de Atención al Niño de la Consejería de Asuntos Sociales de la Junta de Andalucía.

*Dirección de los autores:* Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación, Facultad de Psicología, Universidad de Sevilla, 41080 Sevilla.

*also happens that there are barely any studies like these which refer to the general population. As part of the study carried out with 393 Andalusian adoptive families, these issues were looked into in depth, analyzing the child rearing patterns of adoptive families in terms of the affect-communication and demands-control dimensions, and also taking into account the children's behaviors in terms of emotional implication, resistance to control and obedience. The results showed that there is a diversity of patterns within adoptive families, a diversity which not always parallels the patterns found by researchers who have analyzed the family interaction dynamics of non-adoptive families. This diversity notwithstanding, the great majority of the families analyzed showed high communication and affect values, and considered that it's very important to have a set of family rules, although there is more disparity in criteria regarding the parents' discipline and control techniques to ensure children's compliance.*

*Key words: Adoption, Family Dynamics, Child-Rearing Styles, Parent-Child Relationships.*

En la década de 1830 se publicaron dos grandes novelas en las que sendos niños adoptados tenían un papel protagonista: *Notre-Dame de Paris*, de Víctor Hugo, y *The adventures of Oliver Twist*, de Charles Dickens. Se trata de dos casos de adopción muy diferentes, y ambos psicológicamente muy interesantes. En la novela de Hugo, el adoptado es nada menos que el formidable Quasimodo («una verruga en el ojo izquierdo, la cabeza hundida en los hombros, la columna vertebral arqueada, el esternón prominente, las piernas zambas»), adoptado cuando era un pequeño sin historia por el archidiácono Claude Frollo, hombre de compleja frialdad del que no consta una sola traza de afecto en su relación con Quasimodo, al que se limitó a enseñar a hablar, leer y escribir, y a darle el oficio de campanero de la catedral. Ni siquiera dio un hogar a su adoptado, que tuvo en el edificio de Notre-Dame «el huevo, el nido, la casa, la patria, el universo». Quasimodo, por su parte, experimentaba hacia el archidiácono una profunda gratitud: «aunque el rostro de su padre adoptivo estuviese con frecuencia ceñudo y sombrío, aunque sus palabras fueran habitualmente duras, cortantes, imperiosas, jamás aquella gratitud se había desvanecido. El archidiácono tenía en Quasimodo al esclavo más sumiso, al servidor más fiel, al perro más vigilante». La historia tiene un trágico final para Claude Frollo, Quasimodo y La Esmeralda, los tres protagonistas principales de la historia.

La aventura de *Oliver Twist* contada por Dickens es muy diferente. Crecido en un tenebroso hospicio «sin el engorro de un alimento ni de una ropa excesivos», pasó luego una buena parte de su infancia sumergido en el mundo lóbrego y mefítico del hampa londinense. La ventura se cruzó en su biografía de la mano del señor Brownlow y su ama de llaves, que le acogieron «con una bondad y una solicitud sin límites». Tras un forzoso retorno al infierno de los delincuentes, tuvo de nuevo la suerte de encontrarse con el afecto y la dedicación de la señora Maylie y su hija Rose, con las que «entró en una nueva existencia». Después de muy singulares peripecias, Oliver fue adoptado por el señor Brownlow, y entre los dos desarrollaron una relación de afecto mutuo «que se aproximaba

en todo lo posible a la más perfecta ventura que puede esperarse en este tan mudable mundo».

En gran medida, las historias de Quasimodo y de *Oliver Twist* como hijos adoptivos son las de dos estilos de relación con ellos completamente diferentes por parte de sus padres adoptivos. Los autores de ambas novelas sitúan las relaciones padres-hijos como uno de los argumentos centrales en la relación adoptiva que entre ellos se establece.

Resulta, sin duda, sorprendente que lo que fueron capaces de captar las sensibilidades de Víctor Hugo y de Charles Dickens, haya pasado casi desapercibido para quienes en los últimos veinte años han llevado a cabo investigaciones empíricas sobre la adopción. Los investigadores se han centrado claramente en otros temas: la mayor parte de ellos —como hemos señalado en otro artículo en este mismo número— se han preocupado por analizar en qué medida los niños y adolescentes adoptados presentan o no más problemas que el resto de los niños; menos numerosos, pero también habituales, son los estudios dedicados a la adopción de niños con necesidades especiales y al análisis de los factores relacionados con el fracaso en las relaciones adoptivas (factores de tipo sociodemográfico, habitualmente: edad del niño en el momento de la adopción, historia previa, características sociales de los padres adoptivos, etc.). Por el contrario, son escasísimos los trabajos dedicados a analizar la dinámica de las relaciones padres-hijos en las familias adoptivas.

Y resulta tanto más sorprendente cuanto que el análisis de la dinámica de relaciones padres-hijos, de los diferentes estilos o patrones de educación familiar, es un tema con una larga tradición y muy abundante presencia en la investigación evolutiva que implica análisis de la familia y de las interacciones padres-hijos. Con mucha frecuencia, dicho análisis ha seguido la tradición iniciada hace muchos años por Baldwin, Kalhorn y Breese (1945) y seguida luego por Baumrind (1971, 1980), una tradición en la que los estilos de crianza paternos se analizan en términos de la combinación de dos dimensiones fundamentales: afecto y comunicación, por un lado, y control y disciplina, por otro (Palacios y Moreno, 1994). A partir de los estudios llevados a cabo por Baumrind y sus seguidores, los estilos de educación familiar se agrupan en cuatro: padres democráticos (altos en afecto y comunicación, altos en exigencias, disciplina razonada o inductiva), padres autoritarios (bajos en afecto y comunicación, altos en exigencias, técnicas educativas estrictas o impositivas), padres permisivos (altos en afecto y comunicación, bajos en exigencias y disciplina) y padres indiferentes (bajos en todas las dimensiones consideradas).

Pero este tipo de análisis —tan frecuente, como decimos, a la hora de caracterizar la dinámica de las relaciones familiares— no se ha llevado a cabo en la investigación sobre familias adoptivas. Es como si los estudiosos de estas familias se hubieran quedado en el exterior del hogar, analizando a los padres desde el punto de vista de sus rasgos sociales definitorios y al niño desde el punto de vista de las características con las que se incorporó a su nueva familia y, eventualmente, de los problemas que presenta.

Las escasas incursiones de los investigadores en la dinámica de las relaciones padres-hijos han tenido un carácter general, limitándose a veces a consta-

tar la importancia de tales relaciones. Así, por ejemplo, Barth y Berry (1988) se limitan a señalar que el desarrollo de relaciones de reciprocidad y de intercambios positivos entre padres e hijos adoptivos es un indicador de que las cosas están yendo bien en el proceso, a más de un elemento de apoyo y protección en «los inevitables momentos difíciles» (p. 174).

El modelo de ajuste a la adopción propuesto por Brodzinsky (1987, 1990), una buena aproximación de conjunto al proceso de adaptación y desarrollo en las relaciones adoptivas, apenas dedica atención a esta problemática, más allá de una declaración genérica sobre la importancia de las relaciones familiares como el factor interpersonal más importante en el desarrollo de la adaptación a la adopción. Pero el énfasis es puesto sobre todo en el ajuste de los padres y su manejo de algunos problemas característicos de la relación adoptiva (comunicación al niño de la condición de adoptado, por ejemplo).

Por lo que a las relaciones en el interior de la familia se refiere, Brodzinsky (1990) se limita a remitir a los dos estudios en los que tales relaciones han tenido algún protagonismo. En el primero de ellos, Kadushin (1980) mostró que el ajuste satisfactorio de los niños a la adopción guarda relación con las actitudes de los padres ante el hecho adoptivo y ante el niño; más concretamente, Kadushin mostró la importancia de una actitud cálida y de aceptación por parte de los padres de cara al buen desarrollo de la relación adoptiva, mientras que el rechazo del niño por parte de los padres y su insatisfacción con la adopción guardaron relación con un mal ajuste por parte de los niños. Muy similares a estos son los datos aportados por el estudio longitudinal de Hoopes (1982).

Estudiando familias que habían adoptado a niños con necesidades especiales, Rosenthal y Groze (1992) hicieron una aproximación diferente al análisis de la dinámica familiar. Estos autores se sirvieron del «modelo circunflejo de relaciones familiares» desarrollado por Olson, Sprenkle y Russell (1979). En este modelo, las familias son descritas en términos de su posición sobre dos dimensiones fundamentales: la cohesión y la adaptabilidad. En términos de cohesión, las familias pueden ser descritas como más o menos unidas y comprometidas; en términos de adaptabilidad, las familias se pueden describir como más o menos flexibles y estructuradas. Los datos de Rosenthal y Groze (1992) muestran que en el caso de las familias de su muestra, las relaciones entre sus miembros estaban más cohesionadas y mostraban una mayor adaptabilidad que las familias promedio utilizadas en los estudios normativos de Olson *et al.* (1979).

Datos muy parecidos fueron encontrados en Holanda por Hoksbergen, Juffer y Waardenburg (1987) en su estudio de niños tailandeses adoptados por familias holandesas. Las familias adoptivas, comparadas con una muestra de referencia, resultaron estar más unidas y mostraron un más alto nivel de cohesión interna.

Finalmente, en su estudio de familias adoptivas y no adoptivas que buscan ayuda clínica, Cohen, Duvall y Coyne (1994) mostraron que ambos grupos de familias eran más semejantes que diferentes entre sí, aunque en el caso de las familias adoptivas los padres (varones) aparecieron como menos próximos a sus hijos y con más dificultades para lograr controlar su conducta.

Hasta donde nos es conocido, no ha habido muchas más aportaciones en la investigación empírica sobre el tema que nos ocupa. En resumen, los datos hasta aquí revisados muestran a las familias adoptivas como familias unidas y bien cohesionadas (así lo han puesto de manifiesto fundamentalmente los estudios con adopciones especiales y con adopciones internacionales a que nos hemos referido), pero señalan también que dentro del grupo genérico de familias adoptivas hay una lógica diversidad en cuanto a aceptación del niño (Kadushin, 1980; Hoopes, 1982) y en cuanto a control de su conducta (Cohen *et al.*, 1994).

Si la investigación internacional es escasa en cuanto a estudios en torno a este tema, la situación en España es aún peor, pues no sólo la dinámica de las relaciones en el seno de las familias adoptivas no ha sido estudiada hasta el presente, sino que tampoco existen estudios con la población general que puedan ser tomados como referencia. Así, no sabemos en qué medida los estilos de crianza derivados de los trabajos de Baumrind se corresponden con la realidad de las familias españolas. Para complicar más las cosas, no disponemos de ningún instrumento de investigación sobre estos temas que sea de manejo razonablemente económico, y tampoco la literatura internacional resuelve fácilmente este problema, pues buena parte de los instrumentos disponibles (como el FACES, de Olson *et al.*, 1979) miden aspectos diferentes de lo que son los estilos de crianza definidos por las dimensiones de comunicación-afecto y exigencias-disciplina.

Los objetivos del estudio que respecto a estos temas nos hemos propuesto en nuestra investigación sobre familias adoptivas han sido, en consecuencia, varios: queremos, ante todo, saber cuál es la dinámica de las relaciones padres-hijos en esas familias desde el punto de vista de las dimensiones recién mencionadas; para ello, hemos construido un instrumento específico de investigación (*Escala de evaluación de estilos educativos*, o, más abreviadamente, *4E*). Puesto que la dinámica de las relaciones en el interior de la familia viene definida no sólo por el estilo de crianza de los padres, sino también por la conducta de los hijos, deseamos saber cómo responden los niños y adolescentes adoptados a las pautas educativas utilizadas por sus padres en las dimensiones de comunicación-afecto y control-disciplina ya referidas (y, en este caso, hemos procedido a adaptar un instrumento de investigación desarrollado por otros autores, el *Informe de los padres sobre las conductas de los niños hacia los padres*, más abreviadamente *IPCN*). Queda fuera de los objetivos de nuestro estudio el análisis de estas mismas cuestiones pero en familias no adoptivas, por no tener datos con los que poder hacer las comparaciones pertinentes.

## Método

### *Sujetos*

La muestra está constituida por las familias que han adoptado algún menor en Andalucía desde la entrada en vigor de la nueva Ley de Adopción (no-

viembre de 1987) hasta finales de 1993. Como se ha señalado ya en el otro artículo nuestro publicado en este mismo número, durante este periodo los Equipos de Adopción de las ocho provincias andaluzas dieron en adopción a menores en 568 familias. Estas cifras se refieren sólo a aquellas adopciones cuyo proceso administrativo y legal estaba finalizado en el periodo que va de principios de 1988 a finales de 1993. Como ya se indicó en el artículo anterior, la muestra potencial de familias adoptivas se vio reducida en un 18.7%, quedando un número final de 462 familias contactadas. De todas las familias contactadas, un 15% prefirió no participar en el estudio. En total, pues, hemos analizado 393 familias, con un total de 484 niños adoptados (80 familias adoptaron a dos niños, 4 familias adoptaron a 3 y una familia adoptó a 4). En cada familia, sólo un niño fue objeto de estudio.

La gran mayoría de las familias por nosotros estudiadas está formada por padre, madre e hijo(s), exceptuando un 4% de familias monoparentales. Además, en un 15% de los casos hay algún miembro de la familia extensa viviendo en la casa. El número de hijos es reducido. Casi la totalidad de las familias tienen uno (66%) o dos hijos (24%). En una menor proporción hay familias que tienen 3 hijos (4%), cuatro hijos (3%) o cinco o más de cinco hijos, hasta un máximo de ocho (3%).

Respecto a la edad de los progenitores en el momento del estudio, más de la mitad de la muestra se sitúa en el rango comprendido entre los 36 y 45 años. Un porcentaje bastante considerable (20%) se sitúa entre los 46 y 55 años, siendo muy pocos los casos en que padres o madres superan los 55 años. La mayor parte de las parejas adoptivas estudiadas lleva conviviendo entre 11 y 20 años (64%) o entre 21 y 30 años (22%); el resto han convivido menos de 10 ó más de 30 años.

El nivel educativo de padres y madres adoptivos de la muestra es bastante semejante, aunque un poco más alto en los padres. Como ocurre con la población española en general (Instituto Nacional de Estadística, 1990), en nuestra muestra el nivel educativo bajo (estudios primarios o menos) es claramente más frecuente que los niveles educativos medio (estudios secundarios) y alto (estudios universitarios).

Por lo que a los niños adoptados de la muestra se refiere, su distribución por sexo es bastante similar, con un ligero predominio de las niñas (52.5%) sobre los niños (47.5%). La mayor parte de los niños y niñas de nuestro estudio (67%) no superan los 8 años. Las edades más frecuentes son las de 3, 5, 6, 7 y 8 años. Una cuarta parte de la muestra se encuentra entre los 9 y los 15 años (26.2%). Por encima de esta edad está el 6.7% de los casos.

El 62% de los niños adoptados de nuestra muestra corresponde a adopciones normales, con un 38% de adopciones especiales. De ellas, el 41.8% corresponde a adopciones de niños con algún tipo de minusvalía o deficiencia; una proporción muy similar (39.8%) son adopciones de niños con 6 ó más años; el siguiente subtipo de adopciones especiales (29.0%) lo constituyen las de varios hermanos, correspondiendo un porcentaje ya menor (8.7%) a adopciones de niños de otras etnias. Como puede comprobarse, la suma de estos porcentajes supera el 100%; ello es debido a que algunos niños presentan al mismo tiempo más

de una de las características por las que se considera adopción especial (tal es, por ejemplo, el caso de niños que con 6 ó más años han sido adoptados por una familia al mismo tiempo que uno de sus hermanos biológicos). Del grupo de niños que han sido adoptados con minusvalías (un 16.3% del total), el 61.2% presenta minusvalía psíquica, el 30% minusvalía física y en un porcentaje mínimo son niños con minusvalía sensorial.

Lógicamente, la edad actual de los niños (es decir, la edad en que nosotros llevamos a cabo la recogida de datos) depende estrechamente de la edad que tenían en el momento en que fueron adoptados. Una gran proporción de los niños adoptados de este estudio lo fueron siendo recién nacidos (40.8%) o teniendo menos de un año (21%). La frecuencia disminuye cuando hablamos de niños mayores, llegando a representar menos del 5% los que son adoptados con más de 9 años. Los adoptados con 6 ó más años suponen el 15% del total de la muestra.

En el momento en que visitamos a las familias, la edad media de la muestra de niños por nosotros estudiada era de 9.96 años para el grupo de niños de adopción especial, frente a los 6.29 años del resto de los niños adoptados. Naturalmente, dentro del grupo de niños de adopción especial hay importantes diferencias; así, los niños que fueron adoptados con 6 ó más años tienen en el momento del estudio una media de 14.25 años, frente a los 10.04 años de los niños que fueron adoptados con otros hermanos, y frente a los 8 y los 7.75 años de los que pertenecen a grupos étnicos distintos del mayoritario y de los que presentaban deficiencias o minusvalías, respectivamente.

Nuestro análisis de los datos puso de manifiesto que la edad con la que los niños adoptados se incorporaron a su nueva familia está relacionada con algunos factores sociodemográficos. Si definimos el nivel de estudios de una familia por el correspondiente al del cónyuge de nivel más alto, a las familias de nivel de estudios bajo les han correspondido el 59,6% de los niños de 6 o más años, a pesar de que esas familias constituyen sólo el 43.1% de la muestra. Lo contrario ocurre en las familias de nivel alto: representan el 32.1% de la muestra y sin embargo reciben sólo el 17.3% de los niños mayores. La situación es equilibrada en el nivel medio, pues el porcentaje que reciben es prácticamente igual al porcentaje que ellas representan en la muestra. Datos muy similares se obtienen cuando lo que se utiliza como criterio es el nivel profesional en vez de el nivel de estudios (en ambos casos,  $p = .000$ ). Los datos muestran que no hay diferencias significativas en la distribución de los otros subtipos de adopción especial, aunque en el caso de la adopción de varios hermanos hay una mayor acumulación también en el nivel de estudios bajo (51.2% de las adopciones múltiples) que en los niveles medio (19.5%) y alto (29.3%). Como queda dicho, sin embargo, estas diferencias no llegan a ser significativas. La distribución es mucho más homogénea aún en el caso de los niños con deficiencias o minusvalías y en el caso de los niños de otras etnias, pues en ambos casos su reparto entre familias de diferente nivel de estudios está próxima al porcentaje de familias de cada nivel de estudios presentes en la muestra. Por lo demás, la media de edad de padres y madres es significativamente mayor a medida que se adoptan niños de más edad.

## Instrumentos

En nuestro estudio sobre las adopciones llevadas a cabo en Andalucía, el instrumento más importante ha sido la Entrevista sobre el proceso de adopción (abreviadamente, EPA), en la que hemos explorado una muy variada gama de contenidos que cubren desde la motivación para la adopción hasta el momento actual, pasando naturalmente por temas tan variados como las relaciones con los equipos técnicos de adopción, la adaptación del niño a la familia, el proceso de revelación de la condición adoptiva, etc. A completar las más de doscientas preguntas de la EPA dedicábamos la mayor parte del tiempo con los padres, pues es a partir de sus respuestas como podemos responder a la mayor parte de nuestras preguntas de investigación. Por lo que se refiere a los contenidos que en este artículo nos interesan, son relevantes algunas preguntas en las que se pedía a los padres una valoración de la relación con su hijo o hija y del grado de afecto y comunicación entre ellos.

Pero, como se indicó más arriba, los instrumentos destinados específicamente a explorar los contenidos que aquí nos interesan han sido la escala 4E y la escala IPCN.

En nuestro intento por identificar las prácticas educativas paternas que se consideran relacionadas con el desarrollo del niño, analizamos varios instrumentos dedicados a tal fin. Los que encontramos resultaron ser muy extensos, tomando su aplicación un tiempo considerable, lo que era un importante problema dada la gran cantidad de instrumentos que en nuestro estudio se aplicaron y dada la extensión de la EPA. Por esa razón, decidimos elaborar un instrumento que recogiera las dimensiones que según la bibliografía definen los estilos educativos de padres y madres, surgiendo así la *Escala de Evaluación de los Estilos Educativos* (4E) (Palacios, 1994).

Este instrumento se pilotó previamente con familias de las provincias de Cádiz, Córdoba, Granada, Málaga y Sevilla. Tras el análisis del pilotaje se eliminaron algunos ítems que no medían de modo adecuado las dimensiones estudiadas y se reformularon otros. A partir de este análisis se elaboró la versión final del 4E, que consta de 20 ítems con cinco opciones de respuesta, de Totalmente en desacuerdo a Totalmente de acuerdo. Está formado por cuatro subescalas compuesta cada una por entre cuatro y seis ítems. Como decíamos, las escalas contienen las dimensiones que la investigación sobre prácticas educativas familiares ha demostrado ser más relevantes: comunicación («Mi hija y yo no solemos hablar entre nosotros de las cosas que nos interesan o que nos preocupan»), afecto («Quiero mucho a mi hija, pero muchas veces me es difícil demostrárselo»), nivel de exigencia («Si pido a mi hijo que haga algo y lo hace mal, no le pido que se esfuerce más, ya que por lo menos lo ha intentado») y grado de control («Un azote a tiempo resuelve muchos problemas»).

El coeficiente de consistencia interna (alfa de Cronbach) del instrumento en su conjunto fue de 0.63; en el caso de las escalas, el coeficiente fue 0.53 en afecto, 0.56 en comunicación, 0.52 en nivel de exigencias y 0.56 en control. Aunque estos índices no sean muy altos, hay que tener en cuenta el reducido número de ítems que componen cada escala. Por lo demás, los ítems que forman

cada escala correlacionan significativamente entre sí. El análisis factorial vino a confirmar la estructura interna del instrumento tal y como había sido teóricamente concebido.

El *Parent report of child behavior to the parent* (Informe de los padres sobre la conducta de los niños hacia los padres, IPCN), de E.S. Schaefer y M.E. Edgerton (1977) aporta datos sobre la interacción de los hijos con los padres desde la perspectiva de estos últimos. El instrumento se compone de cinco escalas (implicación positiva, resistencia al control, independencia, obediencia y distanciamiento) para cada una de las cuales hay cinco ítems. Ejemplos de ítems son para implicación positiva «Se esfuerza por agradarme», para resistencia al control «Trata de conseguir cosas a las que ya he dicho que no», para independencia «Intenta hacer las cosas por sí mismo», para obediencia «Hace lo que le pido» y para distanciamiento «Habla poco conmigo». El instrumento consta en total de 25 ítems sobre los que los padres y las madres tienen que pronunciarse en el sentido de si el niño o niña que se presenta se parece o no a su hijo o hija, con cuatro posibles opciones de respuesta: En absoluto parecido, Poco parecido, Bastante parecido y Completamente parecido. Padres y madres cumplimentan cada uno un protocolo individual; en nuestro estudio, un total de 567 personas (248 padres y 319 madres) han respondido a este instrumento.

Los coeficientes alfa de Cronbach utilizados para evaluar la consistencia interna del instrumento han resultado ser muy parecidos a los aportados por los autores de la escala (Schaefer y Edgerton, 1977), y en algunos casos algo superiores. Tales coeficientes son aceptables y razonablemente altos, teniendo en cuenta el número tan reducido de ítems que componen cada escala, oscilando del 0.55 para independencia al 0.78 para obediencia (distanciamiento, 0.65; implicación positiva, 0.68; resistencia al control, 0.75). En el análisis factorial del instrumento, los ítems se han agrupado de modo semejante a lo esperado, exceptuando el factor 1, que agrupa los ítems de las escalas resistencia al control y obediencia, de modo tal que los sujetos que puntúan alto en resistencia al control puntúan bajo en obediencia. Por otro lado, las correlaciones entre los ítems de cada escala son elevadas.

Aunque no destinados específicamente a medir las dimensiones que aquí más nos interesan, para algunos análisis de datos nos serán de utilidad los derivados de los cuestionarios de problemas de conducta de Rutter a los que hicimos amplia referencia en nuestro anterior artículo en este mismo número. Como se recordará, a través de estos cuestionarios obtenemos una valoración de los niños en problemas de conducta (hostilidad/agresividad), problemas emocionales (ansiedad y temores), dificultades en conductas prosociales (no cooperación, egocentrismo) y problemas relacionados con la hiperactividad (inquietud, dificultades de atención), así como una valoración global de los problemas de conducta.

### *Procedimiento*

En la práctica totalidad de los casos, la entrevista a los padres se realizó en sus casas. Aunque se había procurado que padre y madre estuvieran presentes en

la entrevista, ello no fue posible en un 33% de los casos, en que sólo estuvo la madre, y en un 5%, en que sólo estuvo el padre.

En un primer momento se aplicaban los instrumentos que padre y madre tenían que responder conjuntamente, especialmente la entrevista en que evaluábamos todo el proceso de adopción (EPA). A continuación se aplicaban los cuestionarios que padre y madre tenían que responder por separado: la Escala de Evaluación de Estilos Educativos (4E) y el Informe de los Padres sobre la Conducta de los Niños (IPCN).

Respecto a la valoración de los problemas de conducta, como ya señalamos en otro lugar, había una versión para padres y otra para profesores, aunque aquí nos limitaremos a las respuestas de los padres, pues las de los profesores se refieren a una parte menor de la muestra por razones expuestas en el otro artículo. Este instrumento formaba parte del bloque que los padres respondían conjuntamente.

## Resultados

La exposición que sigue está ordenada en cuatro apartados. En el primero de ellos se exploran los datos relativos a las relaciones afectivas y la comunicación en el interior de las familias adoptivas. El segundo se dedica al análisis de los niveles de exigencia y control. En el tercer apartado se ponen en relación los datos anteriores con algunas características sociodemográficas de los padres y de los niños. Finalmente, se presentan los datos de un análisis de *clusters* que sirve para integrar o compendiar buena parte de la información anteriormente presentada.

Antes de entrar en el detalle de esos análisis, tiene interés señalar que la valoración que los padres han hecho de sus hijos y de las relaciones con ellos ha sido globalmente muy positiva. El 95% de los padres y madres de nuestra muestra han valorado su relación actual con su hijo o hija adoptado como buena o muy buena, y un porcentaje similar se ha sentido bastante o muy satisfecho con las características de sus hijos. Esta valoración de conjunto tan claramente positiva es importante por cuanto que en ella deben enmarcarse algunos de los datos que luego presentaremos. Así, cuando posteriormente realicemos algunas comparaciones, hablaremos de familias en las que hay niveles de afecto o de comunicación más bajos que en otras, así como más tensiones en relación con el control de la conducta, etc. Lo que esto significa es que la dinámica familiar presenta variaciones de intensidad y de matices de unos hogares a otros, pero que en todos ellos están presentes el afecto y una valoración claramente positiva de las relaciones. Así, de acuerdo con los resultados de la EPA, el 88% de los padres no tiene dificultades para mostrar afecto a sus hijos, y el 95% afirma hacerles frecuentes manifestaciones de cariño.

### 1. Relaciones afectivas y comunicación

Efectivamente, las medias obtenidas por el conjunto de la muestra en la subescala de afecto de la escala 4E son altas, pues en un rango de 1 a 5 se sitúan en 3.98 en los padres y 4.13 en las madres. Las madres se muestran, pues, algo

más afectuosas que los padres ( $p = .002$ ), aunque las correlaciones entre las puntuaciones de ellas y ellos son elevadas ( $.47, p = .000$ ).

Estos comportamientos afectuosos por parte de los padres se ven correspondidos en la conducta de sus hijos, al menos tal como los padres la describen en la entrevista y a través del IPCN. Así, el 92% de los padres y de las madres considera que sus hijos se portan con ellos habitualmente de forma afectuosa o muy afectuosa. En una escala de 1 a 4, la media de implicación positiva de estos niños hacia sus padres es de 3.31. Según los padres, en el 79% de los casos sus hijos adoptivos se muestran dispuestos a ayudarles cuando se encuentran ocupados, cansados o tienen alguna dificultad; el 92% de los padres cree que sus hijos tratan de congraciarse con ellos tras una situación de enfado. Los porcentajes bajan cuando se pregunta a los padres hasta qué punto sus hijos se esfuerzan habitualmente por agradecerles: un 46% considera que se esfuerzan bastante o mucho, frente a un 20% que cree que sus hijos no se esfuerzan nada.

Coherentemente, si los datos de afecto positivo son elevados o muy elevados, los de afecto negativo aparecen como bajos o muy bajos. La puntuación de distanciamiento del IPCN, siempre con un rango de 1 a 4, es de 1.45 para las madres y de 1.62 para los padres ( $p = .003$ ). Esta diferencia entre ellas y ellos se corresponde con uno de los datos de la entrevista: el rechazo por parte del niño a las muestras de afecto de sus madres se da en un 8.7% de casos, frente al 12.8% de rechazos a las muestras de afecto de los padres.

Las puntuaciones en 4E (rango 1-5) relativas a la comunicación son también altas (algo por encima de 4), sin diferencias significativas en este caso entre padres y madres. El nivel de comunicación con los hijos ha sido valorado positivamente en un 91% de los casos, frente al 4% que hace una valoración negativa o insuficiente. El hecho de que el clima de comunicación sea bueno no impide que aparezcan diferencias entre padres y madres; así, según las informaciones que éstos nos aportan, un 41% de los hijos adoptados mantiene una comunicación igualmente estrecha con ambos padres, mientras que un 36% sostiene lazos de comunicación más estrechos con la madre, frente al 10% que los mantiene con el padre.

Las dimensiones afecto y comunicación están a su vez relacionadas entre sí, como lo muestra el hecho de que se encuentren correlaciones negativas entre las puntuaciones de comunicación medidas por la escala 4E y las de distanciamiento medidas por IPCN; estas correlaciones son de  $-.41$  en el caso de las madres y de  $-.49$  en el caso de los padres ( $p < .001$ ).

## 2. Niveles de exigencia y control

Los padres adoptivos creen que es importante que existan normas (el 94% les dan bastante o mucha importancia) y están de acuerdo con que los niños tienen que tener algunas prohibiciones (el 83% es contrario a la idea de esperar a que los niños sean mayores para prohibirles cosas). En una escala de 1 a 5, la media de padres y madres en la subescala de normas de 4E es de 4, lo que efectivamente muestra la importancia que conceden a la existencia de normas.

A la hora de concretar las fórmulas para ejercer el control sobre el cumplimiento de las normas se encuentra una mayor disparidad de criterios. La puntuación de padres y madres en la escala de técnicas disciplinarias de 4E (rango 1-5) es de 2.50, alejadas, por tanto, de los extremos, aunque con una desviación tipo de .95. Esta diversidad puede ilustrarse con algunos porcentajes: mientras que un 34% de los padres se muestra de acuerdo en que en cuestiones de disciplina es mejor pasarse por exceso que por defecto, un 57% cree lo contrario; mientras que un 26% cree que un castigo es más eficaz que varias explicaciones, un 70% es de la opinión opuesta; mientras que el 52% de los padres está de acuerdo con que un azote a tiempo resuelve muchos problemas, el 45% afirma estar poco o en absoluto de acuerdo con esa idea.

Es de destacar que existe un alto nivel de concordancia entre padres y madres respecto al establecimiento de normas y el control disciplinario, siendo positivas las correlaciones que se dan en el interior de cada familia (.45,  $p = .000$ ) para ambos aspectos.

Las puntuaciones que los padres asignan a sus hijos en obediencia pueden considerarse razonablemente altas (en una escala de 1 a 4, las puntuaciones de obediencia a la madre son de 2.85 y las de obediencia al padre son de 2.93, sin que las diferencias entre ambos valores sean significativas). Las puntuaciones de resistencia al control son algo más bajas (2.66 respecto a la madre, 2.55 respecto al padre, siendo la diferencia entre ambos valores significativa a .000), aunque en este caso las desviaciones tipo son algo más elevadas que en el anterior.

### 3. *Dinámica familiar y variables sociodemográficas*

Los datos muestran que no hay diferencias en las dimensiones afecto y comunicación en función del sexo de los niños, pero sí en la dimensión exigencias y control: las madres de varones plantean más exigencias que las de niñas ( $p = .03$ ); las chicas son más obedientes que los chicos y ponen menos resistencia que ellos a los intentos de sus padres de controlar su conducta.

Si tomamos como elemento de contraste la edad de los niños, hallamos diferencias significativas en las dos dimensiones: las expresiones de afecto son menos numerosas cuando los hijos son mayores ( $p = .000$ ) y los estilos disciplinarios se hacen más severos cuando los hijos son mayores ( $p < .01$  para los padres y  $p < .05$  para las madres). Por su parte, los niños mayores se implican menos que los pequeños en las relaciones con sus padres ( $p = .01$ ) y sus madres ( $p < .05$ ).

Puesto que las edades de los padres y de los hijos correlacionan positivamente entre sí, no es sorprendente que las edades de los padres se relacionen también con las variaciones en la dinámica familiar: menor expresión de afecto ( $p = .000$ ) y actitudes menos comunicativas ( $p < .01$ ) a mayor edad de los padres, al tiempo que actitudes favorables al uso de técnicas disciplinarias de tipo coercitivo ( $p = .000$  para los padres y .02 para las madres).

Los contrastes tomando como criterio el nivel de estudios de los padres también dan lugar a diferencias significativas. Cuanto más alto es el nivel edu-

cativo, más afectuosos ( $p = .001$ ) y comunicativos ( $p < .05$ ) se muestran los padres con sus hijos. A mayor nivel educativo, más altos son los niveles de exigencias que los padres plantean a sus hijos ( $p = .01$ ) y menos coercitivas son sus técnicas disciplinarias ( $p < .01$ ). Las puntuaciones del comportamiento de los hijos hacia los padres, tal y como las valoran estos últimos, son coherentes con lo anterior: más distanciamiento de los hijos hacia los padres de menor nivel educativo ( $p = .000$ ) y más resistencia a los intentos de control adulto ( $p < .01$ ).

Resulta interesante hacer también un análisis diferencial en función de si se trata o no de adopciones especiales, y, más en concreto, en función del tipo de adopción especial que se considere (6 años o más en el momento de la adopción, adopción de varios hermanos o múltiple, presencia de deficiencias o minusvalías, pertenencia a grupo étnico diferente al mayoritario).

Globalmente hablando, los padres de adopciones especiales muestran unas puntuaciones de afecto significativamente más bajas que los de adopciones no especiales ( $p = .02$  para los padres y  $.002$  para las madres); por su parte, los niños de adopción especial muestran mayor distanciamiento hacia las madres ( $p = .004$ ).

En el caso de las adopciones de niños con 6 ó más años (casos en los que es más frecuente la historia previa de institucionalización), las puntuaciones de afecto de padres y madres son más bajas ( $p = .000$ ) y los padres son menos comunicativos ( $p = .03$ ). Algo parecido ocurre en el caso de las adopciones múltiples, aunque aquí se añade además una cierta preferencia por técnicas disciplinarias más estrictas ( $p = .02$ ). Los otros dos tipos de adopción especial considerados no han dado lugar a una distribución de puntuaciones significativamente diferente.

Como ya dijimos, los datos que conocemos sobre los problemas de conducta que plantean los niños adoptados pueden sernos útiles en esta serie de contrastes en la que tratamos de determinar con qué se relacionan las prácticas de educación de que los padres se sirven con sus hijos y cuál es la dinámica de las relaciones padres-hijos.

Se dan algunas relaciones claras entre problemas de conducta de los niños y estilos educativos de los padres. Con cierta reiteración aparece un patrón según el cual la manifestación de problemas conductuales por parte de los niños se relaciona con estilos educativos paternos caracterizados por menor presencia de afecto y comunicación, y por mayor utilización de técnicas de control de tipo coercitivo; el nivel de exigencias no parece variar en función de los problemas de conducta que los niños plantean. En concreto, los problemas de hiperactividad de los niños preescolares correlacionan positivamente con el control coercitivo por parte de madres y padres (correlaciones de  $.36$  y  $.32$ , respectivamente,  $p < .01$ ) y negativamente con la expresión de afecto por parte de los padres varones (correlación de  $-.31$ ,  $p < .01$ ); en los escolares, las puntuaciones globales de problemas de conducta correlacionan de manera significativa y negativa con la expresión de afecto de padres y madres ( $-.29$  y  $-.25$ , respectivamente, ambos con  $p < .05$ ).

La valoración que los padres hacen del comportamiento de sus hijos con ellos aparece consecuentemente afectada por la presencia y el tipo de problemas de conducta que los últimos presentan, como muestran los datos de la Tabla 1.

TABLA 1. CORRELACIONES ENTRE LA PRESENCIA DE PROBLEMAS DE CONDUCTA EN NIÑOS PREESCOLARES Y ESCOLARES, Y DISTINTAS DIMENSIONES DE LAS INTERACCIONES CON LA MADRE Y CON EL PADRE

	Madres		Padres	
	Preescolares	Escolares	Preescolares	Escolares
Implicación afectiva	—	-.41**	—	-.31*
Distanciamiento	.38**	.33**	.33**	—
Obediencia	-.73***	-.68***	-.56***	—
Resistencia al control	.55***	.38**	.43**	.48**
Independencia	-.37**	-.42***	—	—

\*  $p < .05$ ; \*\*  $p < .01$ ; \*\*\*  $p < .001$

Como puede apreciarse, la presencia de problemas de conducta en los niños muestra correlaciones bastante sistemáticas y elevadas con las dimensiones de interacción padres-hijo analizadas en el IPCN. Los datos de la tabla son fáciles de sintetizar: cuanto mayores sean los problemas de conducta que el niño o la niña presentan tanto menor es la implicación afectiva, tanto mayor el distanciamiento, tanto menor la obediencia y la independencia, y tanto mayor la resistencia al control. Los valores de las correlaciones tienden a ser más bajos en los padres que en las madres y es frecuente que algunas de las correlaciones desaparezcan cuando los niños llegan a edad escolar.

#### 4. Análisis de clusters

Los resultados que se han presentado hasta ahora responden a una consideración por separado de las diferentes dimensiones analizadas en la conducta de los padres para con sus hijos y en la conducta de los hijos para con sus padres. Pero lo que caracteriza a los estilos educativos familiares es que responden a una cierta configuración de dimensiones, lo que reclama análisis en los que se combinen las distintas partes de información que hasta ahora se han presentado fragmentariamente. Por esta razón, se procedió a efectuar un análisis de *clusters* tomando en consideración las puntuaciones que los padres y las madres presentaban en las cuatro dimensiones de 4E (afecto, comunicación, exigencias, disciplina) y en las cinco dimensiones de IPCN (implicación afectiva, resistencia al control, independencia, obediencia, distanciamiento).

Los datos ponen de manifiesto la existencia de cuatro grandes agrupaciones o *clusters* de familias. El primero y el segundo de ellos resultan ser muy semejantes entre sí, y claramente distintos del tercero y el cuarto. Respecto a estos dos últimos, presentan semejanzas en algunos aspectos, pero son entre ellos más distintos de lo que lo eran entre sí los dos primeros.

El primer *cluster* agrupa a 69 familias, mientras que al segundo pertenecen 129. En ambos casos, las puntuaciones de afecto y comunicación de los padres son elevadas, así como elevados son los niveles de exigencia que plantean a sus hijos. Éstos son valorados como mostrando una alta implicación afectiva y, consecuentemente, una baja distancia emocional respecto a los padres; además, los padres valoran alto su nivel de obediencia y con valores intermedios su resistencia al control. Si en todos estos aspectos ambos *clusters* son semejantes, la diferencia fundamental entre ellos viene de la mano del tipo de disciplina por el que unos y otros se orientan; así, mientras que los padres del primer grupo se orientan claramente por una disciplina de tipo coercitivo, los padres del segundo grupo defienden más el razonamiento y lo que se ha dado en denominar la disciplina inductiva.

El tercero de los *clusters* agrupa a 112 familias, en las que tanto las puntuaciones de afecto como las de comunicación son más bajas que en los dos primeros, aunque más altas que en el cuarto *cluster*; las exigencias son más bajas que en los dos primeros grupos, aunque en el caso de los padres (varones) son más altas que en el cuarto *cluster*; en disciplina, los valores son medios. Los niños muestran menor implicación afectiva con los padres que la hallada respecto a los dos primeros grupos, siendo sus valores en resistencia al control los más elevados de todos los grupos y sus puntuaciones en obediencia los más bajos de todos.

Finalmente, al cuarto de los *clusters* corresponden 36 familias que presentan los valores más bajos en afecto de toda la muestra (y, en el caso de los padres varones, los valores más bajos también en comunicación); el nivel de exigencias no es tan alto como en los grupos anteriores, aunque las puntuaciones en disciplina son más altas que en esos grupos, particularmente en el caso de los padres varones, que además de ser los menos comunicativos son los más estrictos de la muestra. Los hijos muestran respecto a los padres varones el distanciamiento más alto de toda la muestra, pero sus puntuaciones de resistencia al control y de obediencia se parecen más a las de los niños de las familias de los dos primeros *clusters*.

Al poner en relación la pertenencia a estos cuatro agrupamientos con las diferentes variables caracterizadoras de los padres y de los niños, se obtienen algunos valores significativos. Ello nos permite detectar algunas tendencias existentes sobre todo en los grupos que podríamos calificar como más extremos, que son el segundo (alto en afecto y comunicación, alto en exigencias, disciplina no autoritaria) y el cuarto (el más bajo de la muestra en afecto y, en los padres, en comunicación; el nivel de exigencia más bajo, pero el nivel de disciplina estricta más alto en los padres). En efecto, en el *cluster* segundo están sobrerrepresentados los padres de nivel de estudios alto y los niños con menos problemas de conducta de toda la muestra, mientras que en el cuarto grupo están sobrerrepresentados los padres de nivel de estudios bajo que además han adoptado a niños con 6 ó más años. Son, sin embargo, los niños del tercer *cluster* los que aparecen con más problemas de conducta, pues son los más hiperactivos de la muestra, los que presentan más problemas en la conducta prosocial y en el ámbito emocional.

## Discusión

El propósito general de la sección de discusión en todo artículo de investigación consiste en contrastar los datos obtenidos con el resto de la literatura de investigación sobre el tema de que se trate. En el caso de grupos de población en algún sentido especiales, suele además ser habitual contrastar los datos del grupo de que se trate con los datos normativos de la población general. Por las razones más arriba señaladas, ninguna de las dos cosas es posible en este caso, pues ni existen estudios que específicamente hayan explorado en familias adoptivas las cuestiones de que aquí nos hemos ocupado (al menos en la medida de nuestro conocimiento), ni hay tampoco datos normativos sobre esta cuestión referidos a las familias españolas en general. A pesar de estas limitaciones, merece la pena reflexionar sobre la información que se ha presentado en el apartado anterior.

El dato que debe destacarse en primer lugar, sin duda, es el del carácter positivo que globalmente tienen las relaciones familiares en el seno de las familias adoptivas, algo que había sido puesto ya de manifiesto por la literatura a que nos referimos al principio, aunque las dimensiones exploradas hayan sido diferentes. En efecto, las familias adoptivas globalmente consideradas obtienen altas puntuaciones en afecto y en comunicación, así como una alta valoración de la existencia de normas en la educación de los hijos. A este respecto, es importante señalar que estas dimensiones (afecto, comunicación, presencia de normas) son valoradas muy positivamente por la investigación evolutiva, que las considera los ingredientes esenciales de las prácticas de crianza que tienen un mejor impacto sobre la conducta de los niños.

Los datos anteriores no impiden, naturalmente, que se den diferencias que sin duda no son privativas de las familias adoptivas, sino una característica compartida con el resto de las familias. Así, las madres aparecen como algo más afectuosas y comunicativas con sus hijos que los padres. En el mismo sentido, las expresiones de afecto parecen disminuir con el aumento de la edad de los hijos. Igualmente, la implicación de los padres en las tareas de crianza y educación de los hijos es menor que la de las madres, acentuándose esa falta de implicación a medida que los hijos crecen, dato este relacionado con la menor presencia en los varones de correlaciones significativas entre los problemas de conducta de los niños y las dimensiones de la interacción padres-hijos que aparecen en la Tabla 1. Así mismo, como probablemente ocurre con la población general, las expresiones de afecto son más abiertas en los padres de nivel de estudios más alto, probablemente por conceder más importancia a las manifestaciones explícitas de afecto y no porque la intensidad de su afecto sea mayor que en el caso de las familias de nivel de estudios más bajo.

La elevada valoración de la existencia de normas y prohibiciones rompe el tópico de las familias adoptivas como más permisivas que las no adoptivas. Y, como en el párrafo anterior, esta alta valoración de las normas no debe ser privativa de los padres adoptivos, estando también profusamente presente entre los no adoptivos. Lo mismo debe ocurrir en la población general en el caso de las técnicas y procedimientos utilizados para controlar el cumplimiento de las nor-

mas; en el caso de las familias adoptivas hemos encontrado que el consenso respecto a la importancia de las normas va acompañado de una más amplia diversidad de opiniones en las estrategias de disciplina destinadas a asegurar su cumplimiento. Como probablemente ocurre en la población general (al menos, en los países de los que se conocen datos normativos las cosas son así), los padres de nivel de estudios más bajo tienden a presentar técnicas de control más coercitivas y estrictas, frente a los planteamientos más razonadores e inductivos de los que tienen un nivel de estudios elevado. Quizá porque sus padres son menos impositivos y porque tienen más expresión de afecto y más apertura comunicativa, los hijos de los padres de niveles de estudios elevados presentan menos distanciamiento respecto a ellos.

Los datos son también coherentes por lo que se refiere a las relaciones entre estilos de educación y problemas de conducta de los hijos: a medida que estos problemas aumentan, las relaciones se complican, la distancia es mayor y las técnicas disciplinarias tienden a hacerse más coercitivas. Con toda probabilidad, de nuevo, este dato de las familias adoptivas tiene su paralelo en la población general.

Merece la pena hacer aquí una llamada de atención respecto a algunos de los datos encontrados que podrían prestarse a una interpretación negativa a nuestro juicio inadecuada. Nos referimos al hecho de las más bajas puntuaciones de afecto que, en comparación con el resto de los padres adoptivos, presentan los padres de los niños de adopción especial en general y, más en concreto, los de niños que tenían más de 6 años cuando fueron adoptados y los de los niños que fueron adoptados con más hermanos. Como hemos señalado, estos grupos, tienen estas características, pero son además niños con edades promedio más elevadas (14.25 años de media en los niños que fueron adoptados con 6 ó más años; 10.04 años de media en el caso de las adopciones múltiples), y ya hemos señalado cómo la expresión de afecto disminuye con la edad. Además, es frecuente que estos niños presenten una mayor acumulación de problemas (al fin y al cabo, al ser adoptados más mayores tenían una historia previa más larga y más complicada), y también se ha visto cómo la existencia de problemas en los hijos modifica las pautas de relación en el sentido de menos expresión de afecto y de más disciplina estricta. A mayor abundamiento, existe correlación entre la edad de los hijos y la de los padres, de manera que estos sujetos son también los que tienen padres más mayores, que, como se vio, tienden a expresar menos afecto y a ser menos comunicativos que los más jóvenes. Parece, por tanto, que en estos niños se da una acumulación de factores que explican las puntuaciones más bajas de afecto por parte de sus padres y los indicadores de relaciones más problemáticas, puntuaciones y valores que no creemos deban explicarse por el tipo de adopción *per se*. No consideramos, pues, que los datos deban interpretarse en el sentido de que los padres de niños de adopción especial experimenten respecto a sus hijos y les expresen menos afecto que el resto de los padres adoptivos.

Los datos derivados del análisis de *clusters* no son exactamente coincidentes con los patrones de educación familiar descritos por la literatura. Conviene resaltar de nuevo que lo que conocemos a través de las investigaciones co-

respondientes son los estilos de educación familiar descritos por la literatura estadounidense, por lo que no sabemos si lo que a este respecto hemos encontrado en nuestro estudio está señalando diferencias entre las familias españolas y las norteamericanas, o entre las familias adoptivas y las no adoptivas. Nos inclinamos claramente por la primera de estas hipótesis, pero sólo la realización de estudios normativos con la población española permitirá resolver adecuadamente esa duda.

De los cuatro estilos de educación familiar descritos por la literatura (democrático, autoritario, permisivo e indiferente), sólo nuestro segundo grupo corresponde claramente con uno de estos cuatro. Como se recordará, nuestro segundo *cluster* consistía en padres altos en afecto y comunicación, altos en exigencias y con uso de razonamientos y técnicas inductivas, lo que corresponde exactamente con el estilo democrático.

Nuestro primer *cluster* no se corresponde con ninguno de los descritos por la literatura, pues presentan la disciplina estricta característica de los autoritarios, pero con altos niveles de afecto y comunicación que son impropios del autoritarismo. Y ciertamente que nuestros *clusters* tercero y cuarto no pueden catalogarse ni como permisivos ni como indiferentes. Nuestro cuarto grupo presenta los niveles más bajos de afecto y de exigencias de la muestra, pero en ese grupo las madres no puntúan tan bajo en comunicación y los padres puntúan alto en disciplina, lo que nos aleja del patrón de indiferencia. El tercero de los *clusters* está más cerca del cuarto que de los dos primeros, pero tampoco puede relacionarse ni con la permisividad ni con la indiferencia.

Dicho ahora en términos que remiten a nuestra presentación inicial, en la muestra hemos encontrado a familias en las que se recrean las relaciones de Oliver Twist con su familia adoptiva, pero no hemos encontrado a familias que reproduzcan las relaciones de Quasimodo con el archidíacono de Notre-Dame. Y además hemos encontrado estilos de relación en los que las dimensiones se combinan de diferente forma, no carente de lógica psicológica, pero no coincidentes con las descripciones habituales de la literatura de investigación referidas a las familias en general.

En resumen, las familias adoptivas parecen presentar una dinámica de relaciones que debe valorarse de forma claramente positiva en lo que se refiere a la presencia de afecto, comunicación y exigencias, habiendo en ellas una mayor variedad en cuanto a las técnicas de control y disciplina. Esta valoración global se encuentra después matizada por variables tanto de los padres (por ejemplo, su nivel de estudios), como de los hijos (por ejemplo, su edad y la presencia en ellos de problemas). La integración de todas estas dimensiones en el interior de una misma familia da lugar a unos estilos de relación familiar que sólo en parte coinciden con las descripciones de la literatura al respecto referidas a las familias no adoptivas. Sólo la realización entre nosotros de más investigaciones tanto con las familias adoptivas como con las de la población general permitirá responder a la pregunta de en qué medida los datos aquí encontrados se limitan a las familias por nosotros estudiadas, o son típicos de las familias adoptivas en general, o son típicos de las familias españolas en su conjunto.

## REFERENCIAS

- Baldwin, A.L., Kalthorn, J. & Breese, F.H. (1945). Patterns of parent behavior. *Psychological Monographs*, 58, 3, número 268.
- Barth, R. & Berry, M. (1988). *Adoption and disruption: rates, risks and responses*. New York: Aldine de Gruyter.
- Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology Monographs*, 4, 1 (parte 2).
- Baumrind, D. (1980). New directions in socialization research. *Psychological Bulletin*, 35, 639-652.
- Brodzinsky, D. (1987). Adjustment to adoption. *Clinical Psychology Review*, 7, 25-47.
- Brodzinsky, D.M. (1990). A stress and coping model of adoption adjustment. In D.M. Brodzinsky & M.D. Schechter (Eds.), *The psychology of adoption* (pp. 3-24). New York: Oxford University Press.
- Cohen, N., Duvall, J. & Coyne, J.C. (1994). *Characteristics of post-adoptive families presenting for mental health service*. Newmarket, Ontario: Children's Aid Society of York Region.
- Hoksbergen, R.A.C., Juffer, F. & Waardenburg, B.C. (1987). *Adopted children at home and at school*. Lisse: Swets & Zeitlinger B.V.
- Hoopes, J.L. (1982). Prediction in child development: *A longitudinal study of adoptive and nonadoptive families*. New York: Child Welfare League of America.
- Kadushin, A. (1980). *Child welfare services*. New York: McMillan.
- Olson, D.H., Sprenkle, D.H. & Russell, C.S. (1979). Circumplex model of marital and family systems: I. Cohesion and adaptability dimensions, family types and clinical application. *Family Process*, 18, 2-21.
- Palacios, J. (1994). *Escala de Evaluación de los Estilos Educativos (4E)*. Universidad de Sevilla.
- Palacios, J. y Moreno, M.C. (1994). Contexto familiar y desarrollo social. En M.J. Rodrigo (Ed.), *Contexto y desarrollo social* (pp. 157-188). Madrid: Síntesis.
- Rosenthal, J.A., & Groze, V. (1992). *Special needs adoption: a study of intact families*. New York: Praeger.
- Schaefer, E.S. & Edgerton, E.M. (1977). *Parents report of child behavior to the parent*. University of North Carolina, Chapel Hill.